

*La filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas.*

Así se titula el primer volumen de esta sección. Está constituido por dos estudios de serio valor filosófico y de clara presentación didáctica: el primero, cuyo autor es el profesor de la Universidad de Munich, Aloys Fischer, muy conocido por sus recomendadas publicaciones de filosofía y pedagogía, versa sobre *La filosofía presocrática*. Es una brillante exposición compendiada del movimiento filosófico helénico que precedió a los sofistas y a Sócrates, seguida a través de los principales sistemas metafísicos que se inician en el siglo VII antes de Jesucristo con Thales. Arranca desde el momento que «la meditación reflexiva se plantea las preguntas sobre el origen del mundo y el destino del hombre», no satisfecha con «los postulados de fe que, como respuesta a tales cuestiones, brindan la religión y la moral populares». (Fischer).

El autor llama la atención sobre todo el movimiento anterior a Sócrates, y dice que no es casualidad de las fechas la que da carácter típico de *época filosófica* a toda la actividad especulativa de los presocráticos. «Esta tiene intrínsecamente — dice — una unidad a pesar de la multiplicidad de los pensadores y la variedad de sus direcciones. Desde Thales hasta Demócrito, los filósofos sólo han perseguido una cosa, a decir: conocer el mundo, o, como en su terminología lo llamaban, la naturaleza; eran metafísicos.»

En capítulos sucesivos, Fischer expone la filosofía natural de la *escuela Milesia*, que es cronológicamente la primera manifestación filosófica de carácter orgánico y sistemático. Examina las doctrinas ontológicas de Thales, Anaximandro y Anaxímedes, en torno de la causa primaria y esencia de todo lo existente. Recoge claramente la argumentación con que el primero — Thales — sostiene su afirmación de que el principio esencial y substancial de lo existente es *el agua*. El agua es la «causa de las causas». Y de acuerdo a numerosas interpretaciones, entre las que figura la de Aristóteles, el «agua» de que habla Thales no es sino lo que actualmente entendemos por tal. La escasez de datos e informes sobre el pensamiento de este primer representante de la historia de la filosofía, no permite fijarlo y aclararlo con más precisión.

Le sigue en orden cronológico Anaximandro que sostiene que la substancia de las cosas, el punto de partida de todo devenir, es algo infinito, que carece de límites y de toda determinación empírica, que no posee forma alguna pero que puede adoptar todas las posibles. Es el ser que todo lo comprende, que puede convertirse en todo, a lo que llama *apeiron*, vocablo que carece en nuestro idioma de equivalente literal, pero que se traduciría aproximadamente

por « lo indeterminado », « lo indefinido », « lo informe », « lo infinito », etc., « El *apeiron* es algo que ni ha nacido, ni puede perecer : es infinito en cuanto al tiempo ; es inagotable por muchas formas individuales y mundos que pueden brotar de su sorda profundidad : es infinito en cuanto a la masa ; está en todas partes, lo llena todo, carece de límites : es infinito en cuanto al espacio : lo es todo y precisamente por esto nada determinado ; es la negación de toda cualidad finita y al propio tiempo la semilla de todas ; es decir, es infinito en cuanto a la cualidad ». (A. OYs FISCHER, *Filosofía presocrática*, pág. 23.)

Dedica un interesante comentario a la filosofía de Anaximenes, el último representante de la escuela de Mileto, quien dice que el mundo es *aire*. Es decir, el aire es el fondo de las cosas, lo absoluto. Se apoya en el *apeiron* de su antecesor. Su substancia es una, especial y temporalmente infinita como el *apeiron* ; pero tiene la diferencia de ser *determinada* por sus propiedades y cualidades. La falta de noticias directas sobre el pensamiento de este filósofo ha obligado a seguir interpretaciones variadas, y preferentemente la aristotélica.

Como se desprende de lo que precede la escuela de Mileto consideró sólo un aspecto del vasto problema filosófico, el ontológico, y al buscar una solución a este problema sólo consideró « el ser de las cosas físicas, fundando tan sólo la teoría química de la materia ». Como iniciación de la filosofía no es posible aspirar a más. Más tarde se enlazarán nuevos problemas, y la filosofía ofrecerá oportunamente el cuadro completo de sus problemas. Lo cierto es que en las tres tentativas milesianas se trata de suprimir toda influencia mitológica sobre el pensamiento humano, negando valor al milagro y a la casualidad, y fundando la posición filosófica auténtica, fruto de la reflexión y el raciocinio humano. En esta evolución de lo mitológico a lo racional los filósofos naturalistas o jónicos constituyen el punto de partida.

Continúa la monografía un estudio sobre el *Pitagorismo*, donde desfilan interesantes datos sobre la vida de Pitágoras, su influencia tan intensa y extensa, y el papel de aquella comunidad que se llamó « la liga pitagórica ». Concluye este capítulo con una clara síntesis sobre la original doctrina pitagórica, que realiza un cambio en la dirección de las actividades filosóficas : se suplanta la búsqueda de lo cualitativo por la investigación de lo cuantitativo. El número — símbolo de la cantidad — es, para el pitagorismo, lo esencial. « ... todo lo que se puede conocer tiene un número, y sin el número nada se puede conocer ni comprender » (Filolaos).

Como se advierte, frente al interrogante sobre el origen y esencia de las cosas los pitagóricos no se satisfacen con responder, como lo hicieron sus antecesores los milesios, que es un principio material. Encontraron en los aspectos

particulares y para la totalidad del mundo la forma de las cosas y las relaciones espaciales. Para los milesios la *materia* y para los pitagóricos la *forma*. Para unos el mundo es materia; para los otros el mundo es forma, concebida como figura espacial, que obtiene significación individual por medio del número.

El pitagorismo hace del número el centro de toda interpretación metafísica. Es así explicable que los pitagóricos hayan formulado también una *ética práctica*. Pero de cualquier modo, «el pitagorismo no superó la estrechez científica-naturalista del problema fundamental de la filosofía; su pura significación metafísica había de ser descubierta por Parménides; y este descubrimiento tenía que prepararse en la discusión entre Jenófanes y Heráclito» (Fischer).

A estos dos filósofos destina el capítulo siguiente.

Coloca en un mismo capítulo a dos figuras tan opuestas como Jenófanes y Heráclito, porque la una se justifica como reacción frente a la otra. A esta altura de la investigación filosófica conocemos dos aspectos: los milesios que hacen de la *materia* el origen común de todas las cosas, y los pitagóricos que conciben el mundo como *forma*. De esta lucha surge un tercer aspecto: saber si las cosas permanecen inalterables, inmutables, si la materia persiste o si está sometida a un cambio incesante. En síntesis, se trata de investigar si el ser es, o si el ser *deviene*.

Los conceptos de *ser* y *devenir* relegan en cierta medida los anteriores de *materia* y *forma*. De esta investigación nace una lucha que trae consigo valiosos progresos metafísicos. Se encuentran por una parte la *escuela eleática* inaugurada por Jenófanes, que sostiene la *inmutabilidad del ser*, la eternidad del ser, o más exactamente la exención de temporalidad, que descubrió en el concepto del ser; y por la otra parte Heráclito que desarrolla el problema del *devenir*. Desaparece el ser diluido en la inconstancia del devenir. Todo fluye. Todo pasa. Todo es apariencia. Lo único permanente es el no ser, el devenir.

Hay en este encuentro una evidente alternativa entre lo que Fischer llama «el *substancialismo* nihilista, que sólo admite el devenir, mas no un ser».

Pero conviene hacer notar un detalle más en la original filosofía de Heráclito. Si la esencia del mundo es cambio, desarrollo, evolución, es un constante suceder sin substrato. ¿cómo es posible pensar ese *proceso cósmico*, sin pensar simultáneamente en una *materia cósmica* en donde él se desarrolle? La esencia del mundo es tránsito. Pero ¿existe un tránsito sin algo que transite? Heráclito simboliza la inquietud del *suceder* por la imagen de la llama, oscilante y variable, que a cada instante cambia de forma y aspecto. De ahí, pues, que llame *fuego* al mundo. La esencia del universo es fuego. Pero según la interpretación que expone Fischer, Heráclito no permaneció en esta concepción sim-

bólica del fuego. «Si antes llamó — dice — fuego al mundo, como proceso incesante, ahora el fuego será la materia elemental de las cosas. En ello se roza Heráclito con el pensamiento de los milesios. El flujo de las cosas se convierte en el trueque de todas las cosas en fuego, y del fuego en las cosas.» (Fischer.)

Más adelante el autor examina la ley cósmica, el *logos*, que según Heráclito guía el giro circular del proceso aludido, es decir, el principio creador trascendente que preside el cambio del ser. Dedicó también un ligero comentario a la *teoría gnoseológica* de este filósofo llamado «El obscuro», en el que niega valor al dato de los sentidos, afirmando a la vez que la única fuente de conocimientos está en el *logos*, en la razón. Roza apenas la doctrina ética de Heráclito, y encuentra en los pensamientos éticorreligiosos una justificación para colocar a Heráclito junto a Jenófanes.

Aunque con Jenófanes ha empezado a estudiar la *escuela eleática*, le dedica a ésta el capítulo siguiente. El pensamiento de Heráclito sobre la mutabilidad de las cosas y la identidad entre el ser y el no ser, creó dificultades lógicas y ontológicas. Claro está que esto dió gran impulso a la investigación filosófica. Lo que *es* no puede ser no ser cambiante, porque dejaría de ser. En la colonia de Elea, al sur de Italia, Parménides, Zenón y Melissos discuten el problema ontológico, y afirman que el *ser* como tal *debe ser*, debe poseer todas aquellas propiedades que se piensan en el concepto de ser. Zenón no va más lejos al sostener que el ser está exento de movimiento y en consecuencia de cambio. Es decir, el ser es imposible, perfecto y eterno. Es constante desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo. Es siempre idéntico a sí mismo.

Parménides identifica el problema del ser con el del pensar. Están vinculados el problema lógico con el ontológico. Desprende del *concepto del ser* el problema del ser. En el concepto de ser se piensa la identidad, inmutabilidad y eternidad del mismo. «El pensar y aquello a que el pensar se refiere como objeto son una misma cosa.» «Pensar y ser son lo mismo.» Es decir, el ser constituye el contenido objetivo del pensar. Esta concepción del ser recibe más sentido metafísico cuando concluye de este modo: «el ser, siendo algo pensado, solamente posee identidad e inmutabilidad en su condición de pensado y, por tanto, tiene que ser pensamiento» (Fischer). En síntesis, el ser es idéntico a sí mismo, pero como lo idéntico es tanto pensar como ser, *el ser es pensamiento*.

La existencia del ser, y la condición de *uno* que le atribuyó Parménides, la comparten Zenón y Meliso de Samos, sus sucesores. Zenón quiso probar la unidad invariable del ser, y se valió para ello de exagerados sofismas y ambigüedades dialécticas, inconsistentes y desacreditadas. Sus puntos de vista fun-

damentales son tres: 1.º no existe multiplicidad alguna (todo es uno); 2.º no existe movimiento (no hay cambios). Aquí presenta la prueba con la flecha que arrojada al espacio permanece inmóvil; y el de la carrera entre una tortuga y Aquiles; 3.º no existen cualidades sensibles (niega la realidad ingenua de las cosas). Meliso es menos original: sigue a Parménides cuyos pensamientos trata de sistematizar, aunque tanto él como Zenón, a veces, no siguen exactamente a su antecesor. Afirma la existencia del ser. Si no existiera no podríamos hablar de él. Afirma también la eternidad del ser: si no hubiera existido antes o si dejara de existir caeríamos en la nada; pero la nada no existe. En cambio niega corporeidad y materialidad al ser único. Hay en esto un antecedente visible de la posición idealista.

Cierra el autor su estudio con una sintética exposición sobre los *sistemas filosóficos de la naturaleza en el siglo V*, antes de Jesucristo. Son ellos: el de Empédocles, que sostiene que *agua, tierra, fuego y aire* son los cuatro elementos primarios de las cosas, ofreciendo así el primer sistema pluralista. El de Anaxágoras, para quien las materias más simples están constituidas por una mezcla de pequeños elementos a los que metafísicamente denominó *simientes* de las cosas. Son ilimitados en cuanto al número y especie: infinitamente pequeños, aunque siempre divisibles, porque en lo pequeño no hay nada que « sea ya lo más pequeño de todo, sino que siempre es posible algo más pequeño » (Fischer). Se ha querido ver en esto una forma del atomismo, pero de un atomismo cualitativo. Estos corpúsculos denominados « homeomerías » (denominación atribuida a Aristóteles en su comentario a Anaxágoras) son el punto de partida del Cosmos. Están indiferenciados. Empiezan a cambiarse por un movimiento de torbellino interno en la masa de los corpúsculos. ¿Quién impulsa ese movimiento? El espíritu, el *nos*, que es el segundo principio del mundo. Éste — dice Fischer — tiene una doble función: pone en movimiento la masa inerte de las homeomerías y lo ordena todo. Largas páginas dedica el autor al examen del interesante y complejo pensamiento de Anaxágoras, filósofo estimado por Aristóteles. Y finalmente, el sistema de Demócrito, quien da solución al gran problema presocrático por medio del atomismo. « El ser es doble: el espacio vacío, infinito, y los corpúsculos infinitamente numerosos, indivisibles e invisibles de la materia existente, los átomos » (Fischer).

Con algunas apreciaciones en torno de la posición y significación de los presocráticos, concluye el autor su monografía. La interrumpe en el momento que la filosofía cambia de dirección, al abandonarse aquellas escuelas cerradas donde sólo se elaboran conceptos teóricos por puro amor al saber, y se lanzan los temas a la calle para que en ella, mediante la participación popular, se

resolvieran las cuestiones de orden público, social y familiar. Los sofistas y Sócrates son los autores de esta revolución filosófica. Con estas palabras Fischer da fin a su trabajo: «Es injusto ver en los sofistas la decadencia del espíritu metafísico; su filosofía no es una fatigada resignación, en escepticismo y relativismo, sino una fórmula de nuevos problemas preñados de consecuencias. Los sofistas y Sócrates no son fin y conclusión de un período, sino comienzo de otro nuevo. Abandonan el tema de la naturaleza e introducen en la filosofía el tema del hombre.»

*Sócrates y los sofistas*, por RAÚL RICHTER.

Completa este primer volumen un brevísimo estudio sobre los sofistas y Sócrates — que es continuación del trabajo anterior — del profesor de la Universidad de Leipzig, Raúl Richter.

Comienza aclarando el significado del término *sofista*. Al principio de la civilización helénica un sofista era simplemente un *sabio*. Así se llamó a Homero y a otras grandes figuras de la primera cultura griega. Después se denominó así a estas figuras del siglo v, quienes más que filósofos son maestros de filosofía. Las características de éstos dió al término un alcance despectivo muchas veces.

«Un sofista, en el lenguaje usual, no es un trabajador científico serio, sino un dialéctico mañoso y experto en todas las artes de la palabra, del discurso y de la disputa» (Richter).

No forman escuela ni construyen sistema filosófico. Eran maestros ambulantes que se contrataban por dinero, característica rarísima en Grecia. «Ejecían una actividad docente mediante pago.»

Aparecieron respondiendo a la gran ansiedad de cultura e ilustración que mostró la juventud del siglo v, pero lo que más pretendían no era el saber teórico o la pura especulación, sino «un saber y una disciplina que pudiese tener aplicación en la vida práctica, lo cual quiere decir especialmente en la política». De ahí, pues, se explica que entre las primeras prédicas de los sofistas figurase la virtud del ciudadano, y la retórica que enseñaba el arte de la palabra. Los filósofos presocráticos son esencialmente investigadores de la naturaleza; en cambio, los sofistas hacen girar toda su reflexión filosófica alrededor de los problemas del derecho, del Estado y la moral, es decir, en torno *del hombre y de la sociedad humana*. Ellos hacen saltar la filosofía del sitial cosmológico al plano antropológico.

Brevemente esboza el pensamiento de las más grandes figuras de la sofística. Protágoras de Abdera, el más antiguo, planteó una teoría del conocimiento escéptico-subjetivo, relativista en cuanto al concepto de verdad. En su libro